

# Círculos de cristal

Elena Garvi

**LES**  
editorial

Primera edición: julio de 2021

© Elena Garvi, 2021

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2021

© Lemwimsen, ilustración de la portada, 2021

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

[www.leseditorial.com](http://www.leseditorial.com)

[info@leseditorial.com](mailto:info@leseditorial.com)

ISBN: 978-84-17829-46-9

Depósito legal: MU 489-2021

IBIC: FL

Impresión: Ulzama Digital

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

*A Nerea, por su amor incondicional.*



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

# 1

Año 2201

Cuando era pequeña solía preguntarme cómo se imaginaría la sociedad de hace doscientos o trescientos años la época actual. Solo tuve que recurrir a la literatura o al cine para descubrirlo. En general existían dos opciones: un mundo desolado o uno en el que los coches podían volar. Me temo que los seguidores de ambas vertientes habrían quedado bastante decepcionados debido a que nos hemos quedado a medias de ambas cosas. En lo que no fallaron fue en la tecnología. Miles de avances destinados a que las personas socializasen únicamente a través de una pantalla. Cuentan los expertos, esos a los que nadie realmente conoce, que todo empezó como un juego. Una manera de distraerse después del trabajo. Una buena forma de desconectar. Cuando surgieron enfermedades extrañas debido al contacto físico o sexual, pasó de ser un simple divertimento a un estilo de vida. Apenas existe el ocio en el exterior. A nadie le gusta jugársela, y los que lo hacen acaban en la morgue. En casa puedes interactuar hasta caer rendido en cualquier actividad que se te ocurra y sin arriesgarte a morir en un accidente, por un infarto a causa de esfuerzo físico o por tocar o chupársela a alguien. La humanidad hace años que

decidió no arriesgarse con estos temas, aprendió que era mucho más fácil aislarse que esperar curas que tardaban años en llegar. Nos plantamos, sacrificamos nuestro anterior estilo de vida a cambio de una tecnología con infinitas posibilidades. A este aún desconocido mal se le conoce como EPC. Ni siquiera se sabe con seguridad si se trata de un virus, solo se ven sus primeros síntomas, distintos según las personas y el grado de exposición al contacto. Encima tengo la suerte de vivir en la ciudad donde se originó antes de extenderse por el resto del mundo. Se dice que todavía hay quien está empeñado en encontrarle una cura, pero, como todo, son meros rumores. Lo último que se supo a ciencia cierta es que un alto porcentaje de personas morían incluso por el simple tacto con otras a causa de la evolución de la EPC, lo cual no hizo sino incrementar la influencia de lo virtual. El mundo fue cambiando poco a poco hasta convertirse en algo frío, e incluso desagradable dependiendo del punto de vista.

Todo lo anterior ha dado lugar a que existan dos tipos de personas ricas en el mundo: las que se dedican a la tecnología y las que, de alguna manera, normalmente ilegal, están metidas en el negocio del sexo. Siempre hay quien busca el modo de tenerlo de una forma ficticia, o quien está dispuesto a sentir un contacto físico piel con piel, o directamente a follar, aunque eso le cueste la vida. Y no es una metáfora. Nos hemos acostumbrado a que las relaciones sean completamente distintas a las de hace cientos de años y no logramos imaginárnoslo de otra forma que no sea así. La publicidad se dedica a machacarnos con ello por todas partes. En las calles hay enormes carteles luminosos en los que se ven señales de prohibido al lado de figuras humanas dándose la mano y lemas como «El contacto puede acabar con todo lo que crees». Nunca he entendido muy bien eso último. ¿En qué se supone que creemos? Aún queda algún que otro fiel de religiones demasiado arcaicas para mi gusto. El verbo creer dista mucho de mis opciones o de mi día a día. Habría sido mejor «El contacto puede acabar con todo lo que quieres», pero tampoco sería del todo cierto. Si ahora mismo me preguntaran por la persona a la que más afecto le guardo, no tendría respuesta.

Todos los habitantes del planeta vivimos sin saber lo que es un contacto físico real. Hace unos años pusieron a la venta una especie de piel sintética que finalmente tuvo que ser retirada del mercado porque solo daba ganas de más. Por eso lo mejor es no tener contacto alguno con nada, como es mi caso. Mis padres murieron cuando era pequeña, no tengo hermanos ni amigos con los que quedar. Tampoco virtuales, para ser sincera, pero no por ello me siento sola, es lo que hay y en parte lo he elegido así. Es más cómodo y no entraña riesgo alguno.

Yo he decidido mi propia vida y ello incluye el modo en el que gano dinero. Hoy en día hay muchas personas que no pueden vivir sin sexo. El hecho de no poder practicarlo de manera real no significa que no haya otros medios para llegar a él. Se supone que somos un tabú, nadie admite que nos ve porque siempre es mejor quedar como un santo ante los padres de una novia a la que nunca podrás tocar. No debes arriesgarte. Pero existimos y de vez en cuando aparecemos en los anuncios de las fachadas de cristal de los enormes edificios de la ciudad. Estamos a tan solo un enlace de ti. Formo parte de Pink Rabbit, un servicio de *streaming* en el que hombres y mujeres se van quitando la ropa conforme los usuarios donan dinero. No es algo nuevo, pero sí más efectivo que nunca debido a la prohibición del porno. De hecho, el sexo explícito está prohibido en cualquier ámbito: internet, películas, literatura, arte... Nada puede incitar a practicarlo. Lo ya creado, sobre todo películas y libros, están completamente censurados. Los miembros de Pink Rabbit tenemos unas normas muy claras de comportamiento. Somos una especie de salida, de escape, que está en el filo de lo legal. Ver a una chica o un chico desnudarse y masturbarse es lo más cerca que vas a estar de poder tocar a alguien. Las relaciones de pareja son excepcionales. La mayoría no aguantan el nulo contacto físico y los que se lo saltan están muertos, de manera literal. Es como si el ser humano se protegiera de sí mismo de la forma más radical.

Quitarme la ropa conforme va subiendo la suma de dinero en mi cuenta puede reportarme unos mil nummus al día. El

nummus es la moneda virtual global que sustituyó a las físicas hace cincuenta años. Un nummus es, más o menos, el equivalente a lo que antes eran un euro o un dólar. Y eso que no soy, ni mucho menos, de las más famosas. El motivo se debe a que no muestro mi cara, no me apetece hacerlo, no por vergüenza, porque al fin y al cabo nadie me va a reconocer en unas calles a las que apenas salgo, más bien por pereza. No me gusta actuar en exceso, y mostrar el rostro me obligaría a ello. Gracias a lo que gano puedo permitirme el lujo de vivir en una de las mejores zonas de la ciudad. Ahora mismo estoy en la puerta de mi enorme edificio. En su gran fachada acristalada se muestran distintos anuncios. Hace frío, pero no de una forma que impida estar en el exterior. Consulto las últimas noticias en mi móvil mientras me fumo un cigarro. Tenemos miedo a la muerte por contacto físico, pero aun así seguimos matándonos poco a poco con otros medios. Una de mis mayores contradicciones. Supongo que es porque el contacto te mata en escasos días y sustancias como el tabaco lo hacen a la larga. Siempre nos da más miedo lo inmediato. Son las once y media de la noche y las pocas personas que pasean por la calle lo hacen vistiendo guantes y la típica mascarilla estándar. La mayoría llevan extravagantes y luminosos dibujos en ellas. Giran sus cabezas para mirarme sorprendidos. Yo permanezco sereno mientras pienso que son imbéciles. El aire no nos mata, al menos de momento. El problema es el contacto piel con piel y, sobre todo, el sexo.

Miro a mi alrededor expulsando el humo por la boca. La ciudad está llena de tubos que transportan aquello que pides, desde comida hasta un coche. Producen un ruido bastante molesto, más intenso en las horas punta. No es un paisaje bonito precisamente. Las impresionantes edificaciones iluminadas contrastan con la fealdad de los tubos. Siempre me han parecido horribles. El portero de mi edificio, el señor Gutiérrez, se encarga de transportar personalmente todo aquello que nos llega. Uno de los pocos puestos de mano de obra humana que aún existen, aunque no creo que tarde en desaparecer. Los medios de transporte han evolucionado en el hecho de que ahora



son eléctricos y sin necesidad de conductor, pero apenas nadie los utiliza porque puedes hacer cualquier actividad desde el domicilio: trabajar, hablar, consumir ocio, hasta el turismo es virtual. Solo en los casos de extrema gravedad vas al hospital. Si necesitas asistencia médica leve o moderada, se realiza en casa. Están equipadas para ello. Todo está tan diseñado para que nuestra vida sea así que hoy hace exactamente dos años que no salgo de mi bloque más allá de la puerta exterior para fumar.

Continúo mirando mi móvil de cristal. Es el material más utilizado hoy en día para todo tipo de objetos, junto con los metales, y se ha ido trabajando mucho en fortalecer su inicial fragilidad. Doy una última calada al cigarro antes de apagarlo en la parte de arriba de la papelera que tengo al lado. Guardo el finísimo teléfono en el bolsillo del pantalón y entro al edificio. Recorro pensativa el tramo del vestíbulo hasta el ascensor. Veo que el señor Gutiérrez no está sentado detrás de su mostrador como cada día a esta hora, así que doy por hecho que habrá tenido que ir a hacer algún recado. Una vez dentro del ascensor pulso el botón número once y en apenas cinco segundos estoy en mi planta. Las puertas se abren dejando a la vista un larguísimo pasillo de color negro lleno de puertas blancas. Avanzo hasta la ocho. En el lateral derecho hay una pequeña pantalla táctil en la que escribo mi código de acceso y coloco mi huella dactilar, lo que hace que la puerta se abra automáticamente. No es un apartamento demasiado grande y no es de los que dan al exterior a través de las cristaleras, pero estoy contenta con él. Tiene un pequeño pasillo que hace de recibidor, un salón con cocina americana, una habitación y un baño. No necesito más. Es moderno y bastante acogedor. En la pared de la entrada tengo otra pantalla táctil con la que controlo las luces y la calefacción. En realidad, hay pantallas por todas partes. El espejo del baño es una de ellas y me indica mis índices corporales, cuáles son los alimentos que debo comer y el ejercicio que debo realizar, entre otras muchas cosas. Mi vida está totalmente controlada por lo que tengo a mi alrededor. No me quejo, porque es con lo que he nacido. Me doy cuenta de que se acerca la hora del *streaming* y

he de prepararme. Entro a la habitación y abro el armario para cambiarme de ropa. Cuantas más capas lleve más tardaré en quitármela y, de este modo, más dinero ganaré. El problema es que esta noche no me encuentro demasiado bien. Puede que esté incubando algo, así que decido que hoy el directo durará menos que de costumbre.

Cada día es el mismo ritual. La mesa de cristal que hay junto a la cama es táctil y hace la función de ordenador. Escribo en el teclado que aparece en ella y una enorme pantalla no física surge ante mí. Entro en la web y accedo a mi cuenta. Mi nombre es LadyHot. Típico, lo sé, pero efectivo. En estos tiempos a nadie se le ocurre dar su nombre real para absolutamente nada. Veo que me han dejado más de cincuenta mensajes privados de diferentes niveles. Oscilan entre el respetuoso «me encanta verte cada día, haces que me distraiga de todos mis problemas», pasando por «me correría en tu cara si pudiera», y terminando por «si algún día te encuentro, te violaré hasta que dejes de respirar». Procedo a denunciar estos últimos para que sus cuentas sean eliminadas de inmediato. Una vez hecho accedo al directo y me siento en la cama. Veo cómo en el chat empiezan a hablar. Algunos son asiduos, otros nuevos. No me muevo hasta que no veo que el dinero de hoy comienza a subir. Cuando lo hacen soy consciente en todo momento de cuánto paga cada usuario. Se resalta bien en grande en la pantalla. Es importante, porque el que más done será el único que practique sexo conmigo. Esto último solo es una forma de hablar, por así decirlo. Ahí es donde viene la parte ilegal, aunque yo siempre he creído que nos dejan hacerlo porque es una manera de evadirse sin tener contacto. Porque no lo hay. Al principio únicamente me quitaba la ropa y al final me masturbaba, hasta que me di cuenta de que otras cuentas tenían más *viewers* debido a que, de forma ambigua, ofrecían una EES. Son las letras para referirse a una experiencia extrasensorial. Un cibersexo casi real si no fuera porque es todo neuronal. Cuando comprobé que otros *streamers* lo hacían intenté saber cómo funcionaba y hacerme con uno, sin éxito. No había rastro de ello por ninguna parte

y otros usuarios negaban saber a qué me refería. Nadie quiere meterse en un lío. Todo cambió cuando una noche, al bajar a fumar, vi al señor Gutiérrez leyendo un libro que sé que está prohibido en su totalidad. Intentó esconderlo, pero no sirvió de nada. Ello nos llevó a tener nuestra primera conversación, más allá de los educados hola, adiós y gracias, sobre de dónde lo había sacado. Me explicó que hay algo así como un mercado ilegal que no tiene cabida en internet, solo lo sabes si otra persona lo conoce y te lo cuenta. De repente mi portero se convirtió en la persona que podía hacerme ganar mucho más dinero. Le comenté que mi intención no era delatarlo, sino tener la posibilidad de comprar un dispositivo EES. Su cara de sorpresa no le detuvo a la hora de intentarlo y, de hecho, lo consiguió. Yo creo que pensó que, si no lo hacía, lo denunciaría. Desde aquel día tenemos una relación más afectiva, nos preguntamos qué tal va el día y le doy mejores propinas.

En realidad, todo esto del *streaming* es como hacer una película. Al principio lo que más me molestaba era el pelo. Lo tenía tan largo que siempre aparecía en pantalla a no ser que me lo recogiera. Me parecía una pérdida de tiempo, por lo que me rapé al tres. La verdad es que fue una liberación. Me voy quitando la ropa despacio, sin hablar, sin mostrar nada más allá de mi cuerpo y mi cama. Muchos me dicen que haga cosas, que me ponga a cuatro patas o bocabajo, pero no les hago caso, en la mayoría de ocasiones implica que se marchen, porque no estoy para aguantar a nadie más de lo necesario. Sé que hacerles caso me reportaría más dinero, pero simplemente no me apetece. Cuando me quito la blusa estoy pensando en qué película voy a ver por la noche, porque esta semana ha habido varios estrenos interesantes y eso me emociona. Esto es a lo que me dedico, ni me gusta ni me disgusta, tampoco me apasiona, pero es lo único que he tenido la oportunidad de hacer. Cuando estoy completamente desnuda compruebo que Gladiator987, un ganador habitual, no lo es esta vez. Ha aportado 550 nummus de los 1203 ganados hoy. Por el contrario, Sam009 ha pagado 601, lo que le hace salir victorioso para la experiencia EES. Me

molesta un poco porque es nuevo. Si siempre mantienes ciber-sexo con las mismas tres o cuatro personas sabes que todo va a ir bien, que, dentro de lo que cabe, son respetuosos y no van a sobrepasar ciertos límites. La mayoría tiene sus costumbres y manías y ya las conozco, lo considero un mero trámite. Estoy nerviosa porque alguien nuevo da pie a una incertidumbre que no me gusta, pero no puedo rechazarlo. Me levanto de la cama y escribo sobre el cristal de la mesa, de la que sale la pantalla no física. Entro en el chat privado para hablar con Sam009.

LADYHOT: ¿EES?

Siempre voy directa al grano. Es una simple pregunta para saber si dispone de dispositivo para conectarnos. A veces carecen de él y únicamente puedo masturbarme ante ellos de manera privada.

SAM009: Sí.

No me molesto en preguntarle si quiere que hagamos algo especial. El dispositivo EES tiene infinitas posibilidades, pero la mayoría de las veces las personas buscan lo más sencillo. Abro el cajón de la mesa de cristal y saco de él una caja rectangular de color azul marino. Vuelvo a sentarme en la cama, abro la caja y extraigo un pequeño imán plateado y circular. Lo adhiero en mi nuca. De la caja también saco una especie de teléfono móvil con una única función. Al encenderlo aparecen tres casillas para introducir tres números. Pongo el 1, 2, 3. No soy de las que se complican la vida. Vuelvo al chat privado desde mi propio móvil para no levantarme de la cama.

LADYHOT: 1, 2, 3.

Permanezco sentada, nerviosa y preocupada. Por suerte no tengo que esperar demasiado. Sam009 no tarda en introducir esos mismos números en su dispositivo y darle al intro,

momento en el que el imán que hay en mi nuca comienza a brillar en un tono magenta y a hacer su trabajo. Mi cuerpo se queda inconsciente cayendo hacia atrás en la cama, pero mi mente se pone a trabajar a una velocidad hasta cien veces por encima de lo normal. Mis sistemas neuronales y nerviosos tienen ahora mismo una actividad completamente antinatural y desproporcionada. Hay rumores que dicen que hay personas que han muerto por utilizar esto, prefiero no creerlo. Aparezco desnuda sobre una plataforma redonda de color blanco. A mi alrededor todo es oscuridad. Enfrente hay una puerta de color granate. Siempre me parece que es bonita.

—Buenas noches —dice una tierna voz femenina que retumba produciendo un eco casi ensordecedor. Siempre es el mismo procedimiento—. Le recordamos que para abandonar la simulación solo tiene que pronunciar la palabra «salir» y acto seguido se cumplirán sus órdenes instantáneamente. ¿Le queda claro esto último? Responda con un sí o no, por favor.

—Sí —afirmo con rotundidad.

—¿Indumentaria? —pregunta la voz. Nunca me molesto en ponerme nada. Normalmente son ellos, los que pagan en el *streaming* por llegar a tener esta experiencia conmigo, los que aparecen de las formas más extravagantes. Desde un simple traje de chaqueta hasta disfrazados de reno o de Santa Claus en Navidad.

—Ninguna. —Siempre accedo desnuda porque quiero que acaben rápido. Nunca falla. Todos desean acercarse a sentir un ficticio contacto piel con piel.

—¿Algo que desee eliminar? —Se refiere a si quiero quitar alguna mancha de nacimiento o tatuaje que lleve a reconocermé en la vida real. También incumbe a mi cara.

—El rostro —afirmo.

—Su cara quedará pixelada o difuminada de manera que será irreconocible, pero ello no le impedirá practicar sexo oral si eso es lo que desea. Recuerde la palabra clave para abandonar la simulación. Puede contactar con nosotros para cualquier denuncia a través del dispositivo. Por lo demás solo nos queda

desearle que disfrute de la experiencia —termina de decir la voz muy amablemente. Tanto que siempre me chirría un poco.

La puerta granate se abre y yo avanzo para atravesarla. Me encuentro con una gran habitación cuadrada inspirada en lo que sería una estancia de un palacio del siglo XVIII. Todo es dorado, con colores azules y rosas. Muy rococó. Las salas temáticas siempre cambian y no tienes opción de elegir las, característica que espero que se modifique con las siguientes actualizaciones del dispositivo de simulación. No me desagrada la sorpresa, pero también me gustaría poder escoger de vez en cuando. En este tiempo he practicado cibersexo en muchísimos sitios: una playa, la azotea de un rascacielos, un iglú, una antigua iglesia, un *parking*, un supermercado... Cientos de lugares. Siempre me tomo los minutos que el otro tarda en elegir indumentaria para observar y disfrutar de viajar y ver cosas distintas. Aunque no sea real a mí me parece bastante verosímil. Miro a mi alrededor sonriendo. Hay unas mesas con varias sillas que tienen pinta de ser bastante cómodas, cuadros que simulan antiguos reyes franceses y una enorme cama. Frente a mí hay otra puerta de color granate que no tarda en abrirse. Me pongo un poco nerviosa porque es alguien que no conozco y eso suele llevarme a pensar en exceso y ponerme en lo peor.

Cuando veo a la persona entrar doy un pequeño paso hacia atrás. También tiene la cara difuminada, eso no es lo raro, porque todo el mundo lo hace. A pesar de no salir nunca de casa no queremos ser reconocidos. Lo que me resulta extraño es el hecho de que creo que es una mujer. Se para a unos metros de mí. La miro con detenimiento. Definitivamente lo es. No tiene sentido para mí. Me descoloca. Lo tenía controlado y esto desbarata mis rutinas. Siempre son hombres, en su mayoría de mediana edad. Ella es una mujer joven, más joven de lo que sugiere su sofisticado aspecto: lleva un vestido blanco, encima de este un elegante abrigo negro que le llega por las rodillas y unos botines del mismo color. Creo que ha elegido llevar algo lo más parecido posible a su indumentaria real. Nadie hace eso en una EES. Trago saliva notando que apenas puede pasar por

mi garganta debido a que está completamente seca. Respiro de manera nerviosa. Nunca he estado con una mujer. Se me pasan muchas cosas por la cabeza, pero necesito tranquilizarme. No puedo agobiarme pensando que no es como siempre. Si está aquí es porque quiere lo mismo que los demás. Ni más, ni menos. Y si tiene el dispositivo es porque ya ha hecho esto antes, estoy segura.

Decido seguir mi ritual diario. La miro, pero no hablo. Ella no parece alterada. No puedo verle el rostro, aunque estoy por jurar que está sonriendo. Me dirijo hacia la cama y me tumbo prácticamente en el borde abriendo las piernas. Lo que suele ocurrir en este momento es que ellos se quitan la ropa lo más rápido que pueden y me follan aguantando entre tres y cincuenta segundos antes de correrse. Yo finjo lo mejor que puedo que me gusta y que llego al orgasmo antes de gritar «salir». La chica está frente a mí, sé que me mira a pesar de no poder verle la cara. Intento disimular que no me tiemblan las manos mientras me planteo seriamente gritar «salir». Sigue ahí de pie sin moverse. No sé qué pasa ni a qué espera. Noto mis pulsaciones aceleradas. No sé qué hacer. Estoy tan nerviosa que opto por hablar, cosa que no hago nunca.

—¿Estás bien? —pregunto. No me responde.

Miro a mi alrededor porque temo que haya un fallo en la EES que me ponga en peligro. No lo parece. Cuando vuelvo a clavar mis ojos en ella veo que se quita el abrigo y lo deja caer al suelo mientras se acerca a mí. El vestido blanco que lleva debajo es de tirantes y le sienta mejor de lo que jamás podría haber imaginado. Por primera vez desde que hago esto me gusta lo que veo. Se tumba a mi lado con cuidado. Sé que sigue mirándome. Yo también lo hago, me centro en sus piernas. Ella acerca lentamente su mano a mi vientre y lo acaricia. Doy un pequeño respingo a causa de que sus manos están frías. Siempre lo están cada vez que alguien me toca aquí, así que asumo que será así en la vida real. Sube su mano hacia mis pechos y me acaricia los pezones, jugando con ellos. Me gusta que lo haga. Me giro y la agarro por la cintura acercándola a mí. En este preciso momento

me gustaría ver su rostro. Le acaricio el muslo hasta llegar debajo de su vestido. Compruebo que no lleva ropa interior y, por primera vez desde que uso este dispositivo de EES, estoy excitada. La toco, primero de forma suave hasta cada vez ir más rápido mientras ella clava sus uñas en mi espalda. Jadeo al hacerlo. Creo que puede llegar al orgasmo, sin embargo, en lugar de eso me da un pequeño empujón y se coloca sobre mí. Paso ambas manos por sus muslos y la miro. Ella se mueve hacia delante y atrás lentamente. Mi imaginación vuela pensando en qué será lo siguiente que hagamos. De repente para. No sé qué ocurre, pero no quiero que se detenga. A pesar de no ver su rostro puedo distinguir cómo gira su cabeza hacia un lado y hacia otro, como si escuchara algo que yo no logro distinguir. Sé lo que puede significar, porque ya me ha pasado en alguna ocasión. El imán de la nuca permite que oigas ruidos a pesar de que estés inconsciente. Puedes escuchar si alguien llama al timbre de casa, si gritan tu nombre. No quiero que se marche.

—Espera, por favor —digo alzando las manos. No sirve de nada.

—Salir —exclama la chica con una cálida voz suave.

Desaparece de encima de mí instantáneamente haciendo que me quede sola en la estancia de la simulación. Doy un puñetazo sobre la cama con los ojos cerrados antes de incorporarme. Aún intento asimilar lo que acaba de pasar. Yo también miro hacia ambos lados, esperando que vuelva. Desde que uso el dispositivo no me había sentido cómoda hasta ahora. Tras unos segundos sé que no va a suceder, así que me doy por vencida. Respiro hondo y tomo la palabra.

—Salir —digo con desdén y porque no me queda otra.

Abro los ojos tumbada sobre mi propia cama. Trato de recuperar el aliento y compruebo que estoy empapada de sudor. Me incorporo jadeando y miro al suelo. Fijo la vista tras de mí, como si hubiera una mínima posibilidad de que ella estuviera aquí. Me quito el imán de la nuca y lo guardo rápidamente en la caja junto con el dispositivo móvil. La devuelvo a su lugar, al cajón de la mesa de cristal, y lo cierro con brusquedad mientras



me limpio el sudor de la frente con el brazo. Agarro mi teléfono móvil y escribo en el chat privado sin dudar.

LADYHOT: ¿Ha ocurrido algo?

Estoy excitada, pero también preocupada por si ha podido pasarle algo grave. Veo que no hay respuesta. Lo dejo sobre la mesa sin salir del chat y sin apartar mi vista de él. No me muevo mientras deseo con todas mis fuerzas que me escriba. Lo que sea. No sucede. Suspiro mirando al suelo porque temo que alguien la haya pillado haciendo esto y puedan llegar a detenerla. No sería la primera vez. Desisto. Me dirijo a la ducha preguntándome qué es lo que ha sucedido. No ha sido como siempre, ni se le ha parecido. Me ha gustado y he disfrutado. No ha sido una actuación más y eso me preocupa. Pulso la pantalla que hay sobre la pared de mármol y el agua ardiendo comienza a salir. El pelo rapado me permite sentirla caer sobre mi cabeza de forma relajante. Una de mis sensaciones favoritas. Vuelvo a recopilar en mi mente todo lo que ha ocurrido mientras apoyo la frente sobre la pared. ¿Cómo ha llegado esta chica a mi *streaming*? ¿Cómo, de los millones que hay, ha llegado justamente al mío? Puede que sea de esas personas que va de uno a otro dependiendo del día, pero son casos extraños. La mayoría son asiduos a uno o dos a lo sumo. Escucho un ruido proveniente de la parte de arriba, lo cual hace que me separe de la pared y mire al techo. Frunzo el ceño mientras el agua resbala por mi cuerpo.

—Joder —me digo a mí misma poniendo los ojos en blanco. Ya estamos otra vez.

Mis vecinos se pasan la vida discutiendo. Todo suele empezar por una tontería, como dejar la ropa tirada en la entrada o poner la calefacción demasiado alta. A raíz de ahí las voces suben de volumen y al final todo acaba con él gritando, lanzando cosas y ella llorando desconsolada. Desconozco si en alguna ocasión le ha pegado, pero estoy por jurar que sí. Hace unas semanas llamé a la policía, y mi vecina declaró que soy una auténtica loca, una mentirosa compulsiva y que son imaginaciones mías.

Supongo que tendrán el ático hecho un asco con tanto tirarlo todo. Obviamente nunca lo he visto, ni a ellos tampoco. Intenté poner la denuncia por mi cuenta, pero no me dejaron. Me aseguraron que, sin la colaboración de ella, podría buscarme un problema legal. Solo me queda la pequeña esperanza de que ella se dé cuenta en algún momento. Si me la cruzara, podría intentar que entrara en razón, pero eso hoy en día es bastante improbable. Solo he visto a dos de mis vecinos en todo el tiempo que llevo viviendo aquí, que son exactamente cuatro años. Desde que nací hasta que murieron mis padres, cuando yo tenía diez años, lo hice en una pequeña casita a las afueras de la ciudad, aún la mantengo, aunque llevo desde entonces sin ir. Demasiados recuerdos. Después de eso pasé por unas cuantas casas de acogida. Empecé con los *streamings* a los veinte, a mis últimos padres adoptivos no les hizo demasiada gracia. Me marché a los veintiuno y llevo aquí desde entonces. Supongo que los dos únicos vecinos que me han visto en estos cuatro años, una mujer de mediana edad y un chico adolescente, pensarán que estoy loca por salir a la calle sin una máscara que en realidad no hace falta para nada, y por fumar. En esto último sí que les doy la razón.

Salgo de la ducha y cojo con cuidado una toalla de color blanco que cuelga de la pared. La coloco alrededor de mi cuerpo mientras me acerco al lavabo. Comienzo a lavarme los dientes. El espejo hace su trabajo y me indica con porcentajes de color azul turquesa que me falta un poco de hierro, pero que por lo demás estoy como una rosa. Doy gracias por no tener que preocuparme por cepillarme el pelo. A mi última madre de acogida le habría dado un infarto si me hubiera visto así. Estaba completamente obsesionada con la imagen. Todo lo contrario que yo. No le doy más importancia de la que considero que merece. Muy poca. Continúo dándole vueltas a lo que ha pasado. Entro en la habitación y me pongo el pijama, que consiste en una camiseta blanca de manga corta y un pantalón azul marino. Me acerco a la mesa y miro mi teléfono. No hay respuesta de ella, solo los típicos mensajes de siempre de otros usuarios como «nos vemos mañana, preciosa» o «hazme tuyo».

Los leo sin tomármelos demasiado en serio mientras avanzo hacia el salón. Parece que por primera vez no voy a tener que denunciar ninguno hasta que veo uno que dice que quiere cortarme en cachitos por puta. Siempre tiene que haber algo así. Tras reportarlo sigo leyendo. Reconozco que algunos me hacen llegar a sonreír. Y eso en una persona tan seria, y podría decirse que sosa como yo, es todo un logro. Atravieso el salón lentamente hasta llegar a la cocina, en concreto al frigorífico, es transparente de manera que siempre puedes ver lo que hay dentro, lo abro y saco una cerveza. Le quito el tapón y lo coloco sobre la encimera antes de dirigirme al sofá, en el que me dejo caer con el móvil en una mano y la bebida en la otra. Le doy un trago, pensativa. No puedo quitarme de la cabeza el momento en el que me ha tocado y yo a ella. Es extraño, porque se siente demasiado artificial, pero al mismo tiempo no llega a resultar desagradable. Un escalofrío me recorre la espalda. Dejo la cerveza y el móvil en la mesa que tengo justo delante y, nada más hacerlo, mi teléfono vibra con la respuesta de Sam009. Vuelco la cerveza sobre la mesa de los nervios y, aunque la incorporo al instante, no puedo impedir que se derrame casi la mitad.

—Mierda —digo sacudiendo mi mano empapada.

No pienso ponerme a limpiarlo ahora, al menos no ha caído al suelo. Agarro el teléfono y entro al chat notando que se me va a salir el corazón del pecho, porque lo que ha pasado me ha gustado más de lo que jamás podría haber llegado a imaginar.

SAM009: Todo bien, no te preocupes. He tenido que marcharme a atender un asunto.

Dudo si plantearle lo que quiero. Escribo y borro un par de veces hasta que decido que no es malo exponerlo.

LADYHOT: ¿Quieres volver?

Estoy de los nervios mientras espero impaciente y deseo con toda mi alma que diga que sí.

SAM009: No puedo, lo siento.

La decepción se apodera de mí. Tuerzo el gesto y pienso que he hecho algo que no debía.

SAM009: Pero podemos vernos mañana.

Me coloco mejor en el sofá, porque no me lo esperaba.

LADYHOT: ¿A qué hora?

SAM009: A la misma. Estaré en tu *streaming*, si te parece bien.

¿Eso quiere decir que va a volver a ser la persona que más va a pagar para estar conmigo? Porque a mí me gustaría repetir la EES con ella, aunque no sea la que más aporte. Decido que no voy a decirle esto último.

LADYHOT: De acuerdo. Me parece bien.

SAM009: Nos vemos mañana entonces.

LADYHOT: Hasta mañana.

Miro el teléfono durante unos segundos más por si se le ocurre poner algo, pero no es el caso. Así que dejo el móvil a un lado y me echo un poco hacia adelante para agarrar la cerveza que sigue sobre la mesa, en realidad, lo que queda de ella. Acto seguido me dejo caer sobre el respaldo del sofá pensando en lo que acaba de ocurrir. Jamás había tenido una EES así, y mucho menos una conversación posterior que llevara a pactar repetirlo al día siguiente. Le pego un gran trago a la cerveza, tanto que casi me la termino, y a continuación sonrío sin saber muy bien el motivo. Pasan los minutos y no puedo evitar hacerme preguntas.

No sé el tiempo que transcurre hasta que me quedo dormida en el sofá, con el bote de cerveza vacío en la mano y pensando en Sam009.